

Historia 19—Judas

Los gobernantes judíos habían estado ansiosos por apoderarse de Jesús, pero por temor a provocar un tumulto entre el pueblo no se habían atrevido a tomarlo abiertamente. Por eso habían buscado a alguien que lo traicionara en secreto, y habían encontrado en Judas, uno de los doce discípulos, al hombre que cometería este acto vil.

Judas tenía naturalmente un fuerte amor por el dinero, pero no siempre había sido lo suficientemente perverso y corrupto como para cometer semejante acción. Había alimentado el espíritu maligno de la avaricia hasta que éste se convirtió en el motivo dominante de su vida, y ahora podía vender a su Señor por treinta piezas de plata (unos \$17.00), el precio de un esclavo. (Éxodo 21:28-32.) Ahora podía traicionar al Salvador con un beso en Getsemaní.

Pero siguió cada paso del Hijo de Dios, mientras éste iba desde el huerto hasta el juicio ante los gobernantes judíos. No pensaba que el Salvador permitiría que los judíos lo mataran, como habían amenazado con hacer.

En cada momento esperaba verlo liberado y protegido por el poder divino, como había sucedido en el pasado. Pero a medida que las horas pasaban, y Jesús se sometía tranquilamente a todas las indignidades que se acumulaban sobre él, un temor terrible se apoderó del traidor: que de hecho había traicionado a su Maestro hasta la muerte.

Al acercarse el juicio a su fin, Judas ya no pudo soportar la tortura de su conciencia culpable. De repente, resonó por la sala una voz ronca que hizo

estremecer de terror los corazones de todos los presentes: «Es inocente. Perdónalo, oh Caifás. ¡No ha hecho nada digno de muerte!»

La alta figura de Judas se vio abriéndose paso entre la multitud asombrada. Su rostro estaba pálido y demacrado, y grandes gotas de sudor se destacaban en su frente. Corriendo hacia el tribunal del juicio, arrojó delante del sumo sacerdote las piezas de plata que habían sido el precio de la traición de su Señor.

Agarró con avidez el manto de Caifás y le suplicó que liberara a Jesús, declarando que no había hecho ningún mal. Caifás lo sacudió con enojo y le dijo con desprecio:

«¿Qué nos es a nosotros? Allá tú» (Mateo 27:4).

Entonces Judas se arrojó a los pies del Salvador. Confesó que Jesús era el Hijo de Dios y le suplicó que se librara de sus enemigos.

El Salvador sabía que Judas no se arrepentía de verdad por lo que había hecho. El falso discípulo temía que el castigo viniera sobre él por su terrible acción; pero no sentía ningún dolor real porque había traicionado al Hijo de Dios sin mancha.

Sin embargo, Cristo no le dirigió ninguna palabra de condenación. Miró con piedad a Judas y dijo:

«Para esta hora he venido al mundo».

Un murmullo de sorpresa recorrió la asamblea. Con asombro contemplaron la tolerancia de Cristo hacia su traidor.

Judas vio que sus súplicas eran en vano, y salió corriendo de la sala, gritando:

«¡Es demasiado tarde! ¡Es demasiado tarde!»

Sintió que no podía vivir para ver a Jesús crucificado, y desesperado, salió y se ahorcó.

Más tarde, ese mismo día, en el camino desde la sala de juicio de Pilato hasta el Calvario, la multitud perversa conducía al Salvador al lugar de la crucifixión. De repente, un incidente interrumpió sus gritos y burlas. Al pasar por un lugar apartado, vieron al pie de un árbol sin vida el cuerpo muerto de Judas.

Era un espectáculo repugnante. Su peso había roto la cuerda con la que se había ahorcado del árbol. Al caer, su cuerpo había quedado horriblemente destrozado, y los perros lo estaban devorando.

Sus restos fueron enterrados inmediatamente fuera de la vista; pero hubo menos burlas, y muchos rostros pálidos revelaban los pensamientos aterradores en su interior. La retribución parecía estar visitando ya a aquellos que eran culpables de la sangre de Jesús.